

LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL EN EL AÑO 2000. ELEMENTOS PARA UN BALANCE GLOBAL

Carlos Antonio Aguirre Rojas
Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad
Nacional Autónoma de México

Resumen: Este artículo intenta reconstruir un panorama global de lo que es hoy el paisaje de los estudios históricos en el mundo occidental. Interrogándose acerca del mapa complejo de lo que es hoy esta historiografía más actual, el autor propone la ubicación de varios 'polos fuertes' que, vinculados a las principales revistas de historia en este mundo occidental, constituyen hoy espacios de fuerte irradiación de la innovación historiográfica y de la apertura de las nuevas temáticas abordadas por los historiadores. Finalmente, el artículo esboza también algunos de los 'polos emergentes' de esta misma historiografía, que en los tiempos por venir podrán quizá llegar a ser los nuevos 'polos fuertes' de la futura renovación historiográfica.

Palabras clave: historiografía, renovación historiográfica, revistas de historia.

Abstract: This article, tries to reconstruct a global panorama of the historical studies in western world today. Asking about the complex configuration of this recent historiography, the author proposes the existence of some 'hard poles' in historiography. 'Hard poles', connected with the most importants Historical Journals in western world, they are intellectual spaces to generate the historiographical innovation, and to open the new working subjects to the historians all over the world. Finnaly, the article considers some possible new poles in western historiography, that in the next future, may will be the new hard poles in historical renovation.

Key words: historiography, historical renovation, historical journals.

Introducción

Situados en estas vísperas del advenimiento del tercer milenio cronológico, y dentro del cambiante y conflictivo panorama que presenta la situación global del mundo hoy, puede resultar oportuno preguntarse cuál podría ser la pertinencia y la uti-

lidad general, de realizar este ensayo de balance global de lo que hoy, en el año 2000, son los estudios históricos dentro del vasto espacio del mundo occidental.

Una pregunta compleja que, como toda interrogación complicada, convoca inmediatamente para su solución a un conjunto diverso de posibles y múltiples respuestas. Así, en primer lugar, resulta importante reivindicar de nueva cuenta que la historia *no* es ya, ni será nunca más, la “ciencia que estudia el pasado”, alejada y hasta atemorizada preventivamente frente a los hechos y procesos del presente, sino que, por el contrario, esa ciencia histórica se encuentra siempre totalmente atravesada y subsumida en dicho presente, el que le dicta tanto sus problemas a investigar y los modos y enfoques para hacerlo, como también y de manera esencial, la reclama para que ella lo ayude a auto-comprenderse y a auto-diagnosticarse con una perspectiva de una mayor y una más rica densidad temporal.

Entonces, si la historia es también una herramienta de diagnóstico y análisis del presente, coherente con su definición de “ciencia de los hombres en el tiempo”¹, es claro que un balance del estado general que guarda esta herramienta, en la situación actual, debería de formar parte de la necesaria y obligada revisión del arsenal cultural con el que cuentan las sociedades actuales para su propia auto-comprensión y explicación.

También, en segundo lugar, es pertinente recordar y retomar sobre nuevas bases, radicalmente diferentes, la vieja sentencia de que la historia es “maestra de la vida” (*historia magistra vitae*), lo que conectado al punto antes señalado, que intenta reconstruir y asumir integralmente la conexión profunda e indisoluble entre pasado y presente, nos conduce a considerar el *punto específico* en el que actualmente se encuentra este ejercicio práctico del oficio de historiador, oficio que habiendo mutado completamente en los últimos ciento cincuenta años, ha llegado a constituirse hoy en

¹ En este punto, resulta obligado recordar las profundas reflexiones de Marc Bloch, no sólo respecto de este objeto de la ciencia histórica, sino también sus agudas críticas a esa imposible distinción entre el presente y el pasado, que intentan cortar brutalmente la conexión esencial entre ambos, a la vez que alejar, falsa y fallidamente, a los historiadores, de esas múltiples conexiones con *su* presente, frente al cual deben definirse, y al que deben investigar y examinar con los mismos ojos con los que estudian al “pasado”, reconociendo además la total inmersión y determinación de sus prácticas, por parte de esa misma realidad social que los circunda. Sobre este punto cfr. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1996 (se trata de la nueva versión de la *Apologie pour l'histoire*, publicada por Etienne Bloch en 1993 y que es más *explícita* en lo que toca al tratamiento de estos puntos que la antigua versión publicada por Lucien Febvre en 1949). Cfr. también Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1998 y también el N.º 26 de la revista *Argumentos*, México, 1997, dedicado al análisis de diversos aspectos de la obra de Marc Bloch. Véase también el libro de Etienne Bloch, *Marc Bloch 1886-1944. Une biographie impossible*, Ed. Culture & Patrimoine en Limousin, Limousin, 1997.

una actividad que da lugar a los más diversos y encontrados *usos sociales*, cumpliendo por lo tanto las más contradictorias funciones y roles sociales posibles².

Entonces si la historia se ha usado para criticar el poder o para legitimarlo, y si la memoria se ha recuperado lo mismo para fines conservadores, que para fines de afirmar y apoyar la transformación social, también resulta útil tratar de preguntarse sobre las lecciones que esta misma ciencia histórica ha obtenido de estas contradictorias y diferentes experiencias, haciendo entonces el balance de cuales de ellas son las que realmente corresponden a su naturaleza más esencial como proyecto global realmente *científico*. Y por lo tanto, cuales de esos “usos” y funciones deben de continuar practicándose hoy, y defendiéndose y cultivándose también en el futuro por venir.

En tercer lugar, parece ser claro que tanto la ciencia histórica, como más en general el conjunto de las ciencias sociales actuales, se encuentran en un claro proceso de redefinición radical. Y ello, *no* en el sentido de la tantas veces convocada, pero nunca bien ilustrada ni fundamentada “crisis de la disciplina histórica”, sino más bien en el sentido de la caducidad evidente de todo un *episteme* organizador del completo sistema de los saberes humanos, caducidad que al imponer la tarea de la necesaria reorganización y reestructuración total de un nuevo *episteme* para los modos del conocimiento humano, impacta también de modo central al campo tradicionalmente asociado a nuestra propia disciplina o ciencia de la historia³.

² Así, la historia se ha usado en el siglo XX, lo mismo para justificar los nacionalismos más imperialistas, belicosos y reaccionarios, que para criticar y denunciar los horrores del holocausto y de la exterminación de los judíos, y pasando por la legitimación de los poderes dominantes o por la justificación ideológica de tal o cual sector social, pero también sirviendo como arma de creación de la identidad de movimientos obreros, indígenas o populares, o como instrumento intelectual de deslegitimación crítica de la cultura dominante, de las clases explotadoras, o de las distintas elites políticas, militares, intelectuales, etcétera. De la abundante bibliografía sobre este tema, relativo a las funciones y usos diversos de la historia, mencionemos solamente: Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993; Pierre Vidal-Naquet, *Los judíos, la memoria y el presente*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996; Carlo Ginzburg, “Sólo un testigo”, en *Historias*, num. 32, México, 1994; Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Ed. Siglo XXI, México, 1985; Massimo Mastrogregori, “Storiografia e tradizione storica”, en *Passato e presente*, Año 12, N.º. 32, 1994; y los dos materiales colectivos *Historia ¿para qué?*, Ed. Siglo XXI, México, 1986, y el num. 32 de la revista *Ayer*, “Memoria e historia”, Ed. Marcial Pons, Madrid, 1998.

³ Sobre esta caducidad y renovación del sistema de los saberes cfr. Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1996; *Impensar las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998 y *The end of the world as we know it. Social science for the twenty-first century*, Ed. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1999. También véase el libro de Boaventura de Sousa Santos, *Toward a new common sense*, Ed. Routledge, Nueva York, 1995, y Carlos Antonio Aguirre Rojas “La larga duración: in illo tempore et nunc”, en el libro *Ensayos braudelianos*, Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000, el capítulo IV del libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 y “Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad” en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 2000.

Redefinición global de los saberes, de las ciencias, de las ciencias sociales y de la historia científica que, en consecuencia, nos conduce también a la necesidad de este balance general de la situación actual y de las tendencias evolutivas principales de dicha ciencia histórica, la que de manera obvia se encuentra igualmente determinada por este contexto de la actual renovación en curso.

En cuarto lugar, este balance del estado de los estudios históricos hoy, es pertinente porque, lejos de ceder a las fáciles tentaciones de los balances “finiseculares” y “finimilenarios” hoy tan a la moda, permite más bien reivindicar la necesaria práctica de estos estudios de autoexamen de la historia, como una práctica cotidiana y permanente, práctica que siendo una de las tareas esenciales de la rama denominada “historia de la historiografía” ha sido muy poco cultivada dentro de nuestras historiografías latinoamericanas, desarrollándose de manera solo marginal o episódica, y casi siempre sólo por algunos notables personajes, que hacen figura de claras excepciones dentro de los diversos paisajes culturales e historiográficos de nuestra América Latina.

Enfatizando entonces la importancia de instaurar, como ejercicio cotidiano y reiterado, este cultivo sistemático de la historia de la evolución y los contextos específicos del propio decurso del pensamiento histórico, este balance intenta también llamar la atención de los historiadores latinoamericanos sobre la necesidad de colmar esta laguna persistente de nuestros estudios históricos, que es el vacío que hemos padecido, de la ausencia de una seria línea de reflexión de historia crítica de la propia historiografía mundial más contemporánea⁴.

Concibiendo entonces a este balance sobre la historiografía actual, como una simultánea reivindicación de la historia como herramienta de análisis del presente, como revisión y toma de partido respecto de los distintos usos y funciones que le han sido asignados a la ciencia histórica, como esfuerzo de ubicación de su posible contribución a la redefinición en curso del entero sistema de saberes, y también como clara reivindicación y ejemplificación de la importancia del campo de la historia de la historiografía, es posible proponer algunas hipótesis sobre la configuración específica actual que presenta ese vasto y complejo universo que son los estudios históricos occidentales, en este año final del segundo milenio cronológico que estamos viviendo hoy.

I. El contexto de origen de la situación actual de la historiografía

Si queremos comprender adecuadamente el contexto general dentro del cual se desarrolla hoy, en el año 2000, esa realidad compleja que es la historiografía occiden-

⁴ Sobre este problema de la historia de la historiografía cfr. Benedetto Croce, *Theorie et histoire de l'historiographie*, Ed. Librairie Droz, Génova, 1968 y también el libro de Arnaldo Momigliano, *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

tal, nos tendremos que remitir de inmediato a los impactos profundos que, en todo el espacio de la dimensión cultural, ha provocado la revolución cultural mundial de 1968. Y ello, no sólo porque los principales protagonistas y actores de esta historiografía actual son en su mayoría hijos de la coyuntura intelectual creada justamente por esa revolución de finales de los años sesenta, sino también y sobre todo, porque es en ese *nuevo* espacio cultural e historiográfico desplegado en los últimos treinta años, que se han ido conformando y definiendo las características *necesarias* que hoy presenta esta historiografía en el mundo occidental. Características generales que, expresando en el plano de la historiografía, a esas mutaciones profundas que son el núcleo de la revolución cultural del 68, van a determinar al conjunto de los proyectos y de las corrientes historiográficas que hoy se encuentran a la vanguardia de los estudios históricos más contemporáneos⁵.

Así, resulta claro que *todas* las historiografías *de vanguardia* que hoy existen en el mundo occidental, van a reproducir ciertos trazos comunes, trazos que más allá de sus obligadas especificidades y matizaciones nacionales, regionales o de ciertos espacios “civilizatorios”, podrán ser claramente detectados en todas las corrientes y autores principales de esta misma historiografía actual.

Trazos compartidos que se conectan con las razones que antes hemos aludido para justificar la necesidad de este balance historiográfico, y que definen ya un primer límite o contorno que singulariza a la historiografía más avanzada en el mundo occidental, frente a los espacios de las meras supervivencias o inercias historiográficas, hoy todavía vivas pero ya vaciadas de todo contenido o posibilidad de innovación historiográfica hacia el futuro.

Pues hoy, en este año 2000, es ya muy claro que la vieja historiografía positivista decimonónica, no es otra cosa que un *cadáver viviente*, que si bien sigue estando presente en muchas universidades y centros de investigación de todo el mundo, lo hace sólo porque sigue siendo alimentado y promovido desde las esferas de los poderes políticos aún dominantes. Pues dado que esta historia positivista puramente erudita y descriptiva, se ha vuelto consciente y perezosamente neutra, acrítica y complaciente con los poderes y las jerarquías dominantes en todo el planeta, proveyendo además a estos últimos de las necesarias versiones legitimadoras de la historia *oficial*, ella sigue

⁵ Sobre este punto cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas “Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental”, en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, cit., también François Dosse “Mayo 68: los efectos de la historia sobre la historia”, en la revista *Sociológica*, año 13, num. 38, México, 1998. Sobre los efectos y la caracterización más general de la revolución de 1968 como *revolución cultural* cfr. Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo”, en la revista *Estudios sociológicos*, num. 20, 1989, y también el texto de Fernand Braudel “Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración” en *La Jornada Semanal*, N.º. 226, México, octubre de 1993.

siendo promovida y sostenida en todo el mundo, segura de su supervivencia y persistencia, a pesar de su cada vez más escandaloso y evidente anacronismo y vacuidad.

Pero es claro que, si bien aún presente, esta historiografía está muerta desde hace ya muchas décadas, habiendo sido incapaz en *todo* el siglo XX de aportar ni una sola innovación historiográfica, ningún método o teoría nueva, y ni siquiera aún alguna nueva técnica o procedimiento importante para el análisis historiográfico contemporáneo.

Entonces, es claro que los trazos comunes antes referidos son trazos que sólo corresponden a la historiografía realmente *viva*, concretizada en los múltiples proyectos que hoy desarrollan la innovación historiográfica en el mundo occidental, y que son siempre críticos y opuestos a ese “muerto en vida” que es la historiografía positivista.

Un primer trazo común, ya mencionado, es el que se refiere a la incorporación total, por múltiples vías, del presente dentro de la historia. Incorporación que avanza lo mismo en el sentido de establecer la legitimación definitiva del presente como objeto de estudio pleno de la ciencia histórica, que en el sentido de afirmar también a la historia como ciencia de análisis de ese mismo presente. Disolviendo entonces esa ya insostenible división entre el “pasado” y el “presente”, y haciendo de este último, objeto de pleno derecho del examen histórico, los historiadores contemporáneos más avanzados eliminan a la vez la artificial barrera epistemológica que el siglo XIX estableció entre la historia y las restantes ciencias sociales. Con ello, y de manera sencilla y directa, abren simplemente la puerta al movimiento libre y al tránsito completamente fluido de toda la corporación gobernada por Clío, dentro y a través de los vastos espacios de *todas* las disciplinas que hoy se ocupan de investigar lo social humano en el tiempo.

Por eso, no es una casualidad que *todas* las principales corrientes historiográficas actuales posteriores a 1968, recuperen con toda libertad y reivindiquen con plena legitimidad métodos, conceptos, teorías, técnicas y problemas que antes eran habitualmente asociados sólo a la geografía, a la antropología, a la economía o a la sociología, lo mismo que a otras tantas diferentes “ciencias sociales”.

Y así, lo mismo cuando los microhistoriadores italianos recuperan a la escuela de Frankfurt o a la antropología anglosajona, que cuando la cuarta generación de Annales se vuelven hacia la sociología de la acción o hacia la economía de las convenciones, e igualmente cuando la perspectiva del “world-system analysis” se aproxima a la teoría del caos y a los estudios de la complejidad, que cuando la historia socialista británica trata de reelaborar o de proponer los conceptos de “conciencia de clase” o de “economía moral”, en todos estos casos vuelve a hacerse presente esa migración sin trabas a través de las ciencias sociales, a la vez que esa plena conciencia de la ineludible interacción entre la historia y el presente.

Un segundo trazo repetido en las nuevas corrientes y autores de la historiografía de hoy, es el de la asunción radical de las también múltiples implicaciones que con-

lleva la naturaleza de la historia como ciencia que es susceptible de *efectos sociales* fundamentales. Y ello no sólo en el sentido más obvio de que ha dejado de ser la crónica y el relato de las vidas y peripecias de héroes, reyes, caudillos, Estados, élites y hombres ilustres, para convertirse en el estudio y explicación de los procesos sociales, colectivos, de las masas, de las clases sociales, de la cultura popular y de los grandes grupos sociales, sino también en el sentido de asumir integralmente la *responsabilidad social* de la historia, siempre cargada de profundos significados ideológicos, y siempre sujeta a las exigencias de sus posibles usos sociales y políticos.

Por eso, no es casual que sea una vez más después de 1968, que va a debatirse intensamente sobre las significaciones y los sesgos ideológicos que conlleva necesariamente la práctica del historiador, colocando en el centro de esa discusión el tema de las responsabilidades sociales de la historia, junto a la “evidenciación” de los distintos usos también sociales que se han hecho siempre de los diferentes discursos históricos.

Lo que, como consecuencia inmediata, ha provocado que nunca más será posible pretender la supuesta “neutralidad” o “imparcialidad” absoluta de los resultados historiográficos, asumiendo por el contrario que todo ejercicio del oficio de historiador es a la vez una necesaria toma de posición ideológica o social, toma de posición que en buena medida determina el margen de los posibles usos y funciones sociales de esos mismos resultados. Y entonces, y congruentes con esta asunción radical, veremos que todas las corrientes historiográficas de vanguardia van a declarar explícitamente y sin problema que intentan hacer, por ejemplo, una historia cultural “desde el punto de vista de las víctimas”, o que defienden una historia abiertamente crítica, o que se sitúan en posiciones declaradamente antiposmodernas y racionalistas, o también que construyen discursos históricos que intentan ser discursos para la liberación, lo mismo que reivindican la concepción de la historia como contramemoria, como discurso construido a contracorriente o como ejercicio intelectual que marcha a contrapelo de las ideas dominantes y establecidas⁶.

Declaraciones explícitas que atestiguan que no es posible ya construir una historia que se pretenda *inocente* o *aséptica* respecto de su función social, y que corro-

⁶ Por ello, no es una casualidad que varias de estas corrientes hayan recuperado y reivindiquen a autores como Marc Bloch, Walter Benjamin, Fernand Braudel o Norbert Elías, cuyo potencial crítico y destructor de nuestras nociones habituales de, por ejemplo, la noción de documento y de hecho histórico, de la noción de progreso, de nuestra concepción del tiempo, o del tema de la economía psíquica de los individuos, entre tantos otros aportes contenidos en sus obras, está lejos de haber sido agotado. Nos referimos, obviamente, a los trabajos de Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, cit., Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia” en el libro *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Coedición Universidad Arcis y LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1996, Fernand Braudel “Historia y ciencias sociales. La larga duración” en el libro *Escritos sobre historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991 y Norbert Elías *El proceso de la civilización*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

boran también el hecho de que, en prácticamente el conjunto total de sus diferentes versiones, esta historiografía occidental contemporánea se halla siempre ubicada en posiciones progresistas y de izquierda, marchando a contracorriente de la historia oficial, tradicional, positivista y legitimadora del poder, a la vez que se distancia tal vez de las fáciles aunque estériles posturas posmodernas e irracionistas que existen en algunos reducidos ámbitos historiográficos del panorama global de la historiografía mundial.

Y si la historia ha sido lo mismo un arma o instrumento de dominación, que de resistencia y rebeldía, y si la memoria se ha utilizado lo mismo para silenciar y ocultar, que para recordar y denunciar, la abrumadora mayoría de los autores importantes y genuinamente innovadores de la historiografía actual en el mundo occidental, se encuentran sin duda del lado de una historia crítica, emancipadora y progresista, y por un uso abierto de la memoria como contramemoria igualmente liberadora y radical.

Algo que, en nuestra opinión, deriva del hecho claro de que estamos viviendo hoy en una evidente situación de transición histórica en escala planetaria, transición determinada por el fin de la era capitalista de la evolución humana y por la hoy urgente y acuciante búsqueda de un nuevo modelo para la reorganización global de las sociedades de todo el planeta, modelo basado en una sociedad *sin* explotación económica, *sin* dominio y despotismo político y *sin* las múltiples formas de la discriminación social hoy imperantes. Y entonces, y a tono con esta situación de magno tránsito histórico, la inmensa mayoría de los autores y de las corrientes historiográficas principales se ha ubicado hoy en claras posiciones de izquierda, progresistas o dentro del pensamiento crítico contemporáneo.

Un tercer trazo importante, que se encuentra presente en todas las corrientes de la historiografía actual, es el de asumir cada vez con más plena conciencia la evidente crisis y caducidad del episteme parcelado para el conocimiento de lo social, episteme que se constituyó sólo en el último tercio del siglo XIX y que habiendo parcelado y autonomizado distintos espacios de lo social-humano en el tiempo, terminó por constituir el espectro de las diferentes ciencias sociales que tuvo su desarrollo y vigencia a lo largo de una buena parte del siglo XX cronológico.

Pero en 1968, y como otro de los tantos efectos de la revolución cultural de estas fechas, comenzó a disolverse rápidamente el fundamento y la legitimidad de este episteme parcelado, a la vez que se iniciaba un claro proceso de reorganización de todo el sistema de las ciencias sociales, e incluso del entero sistema de las diferentes “culturas” y de todo el sistema de los saberes humanos, proceso dentro del cual estamos todavía inmersos⁷.

⁷ Además de los textos citados en nuestra nota n.º 3, puede verse también sobre este punto: Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Ed. Fondo de Cultura Económica,

Y a tono con esta reorganización total del sistema de las “ciencias” y de los saberes humanos, que ha revalorado la importancia y centralidad de la historia al reintroducir las implicaciones esenciales de la variable del *tiempo*, tanto en la física y la termodinámica o en la estética contemporánea, como en la sociología, la economía, la ciencia política o los estudios de la cultura y la literatura más actuales, la historiografía contemporánea ha comenzado a moverse cada vez más en la línea de superar las limitadas visiones de defender o promover las tan mencionadas “interdisciplinariedad”, “multidisciplinariedad”, “transdisciplinariedad” o “pluridisciplinariedad” -todas ellas, simples parches que *no* atacan el fundamento real a superar, al respetar temerosamente la existencia misma de las diferentes “disciplinas”-, para acceder a la reivindicación de la necesidad de una nueva visión, otra vez *unidisciplinaria* de lo social-histórico, visión que se reenlaza directamente con las perspectivas de autores como Fernand Braudel o aún más atrás con el horizonte del propio Marx⁸.

Por último, un cuarto trazo también común a los diversos proyectos historiográficos hoy vivos y actuantes en el panorama global de la historiografía occidental, es el del claro florecimiento y expansión en su seno de la específica rama de la historia de la historiografía. Retomando entonces una tradición que ha tenido, en este siglo, su primer desarrollo fuerte en Italia, aunque también se ha hecho presente en los *Annales* de Marc Bloch, de Lucien Febvre y de Fernand Braudel, todas las corrientes y los espacios de la historiografía actual han comenzado a otorgar, en los últimos cinco o seis lustros, mucha más importancia a este ejercicio de la historia historiográfica, fundando revistas consagradas a este campo, incrementando las secciones a él destinadas, o también organizando coloquios, encuentros y mesas redondas claramente ubicables dentro de esta rama mencionada.

Así, y frente a esta situación de transición histórica, algunos de cuyos rasgos hemos evocado antes, la historia parece verse obligada a mirarse en el espejo, aplicando para su propio autoexamen y estudio, todas las herramientas que ha ido desarrollando y perfeccionando en los últimos ciento treinta años. Y entonces, y abocándose más seriamente en el cultivo de esta historia de la historiografía, es que prosperan revistas que, total o parcialmente acogen los resultados de dicho trabajo historiográfico, como es el caso de las revistas *Espaces Temps* o los *Cahiers Marc Bloch*, en

México, 1994, Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, Ed. La Découverte, París, 1993, e Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1997 e Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.

⁸ Sobre este punto, que se encuentra directamente conectado con la perspectiva de la historia global, véanse los trabajos citados en las notas 3 y 7. Para el punto más específico de la conexión con el tema de la historia global cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *L'histoire conquérante. Un regard sur l'historiographie française*, Ed. L'Harmattan, París, 2000 y también “Making history, knowing history: between Marx and Braudel” en *Review*, vol. 15, n.º. 2, 1992.

Francia, las revistas italianas *Storia della storiografia* o la *Rivista di storia della storiografia moderna* (hoy rebautizada simplemente con el título de *Storiografia*), la revista *Manuscripts* de Barcelona o la valenciana *Historia social*. Y es también el caso de las revistas *Entrepasados* y *Prohistoria* de Argentina, *Diálogos* de Brasil, *Nueva síntesis* en el Perú, o *Debates americanos* en Cuba, lo mismo que de las revistas mexicanas *Eslabones* o *Secuencia*, la revista alemana *Comparativ*, la revista portuguesa *Historia das ideias*, la revista norteamericana *Review*, o las revistas inglesas de la *New Left Review* y la *History Workshop*.

Proliferación y multiplicación de las presencias de la historia de la historiografía dentro de los estudios históricos contemporáneos que, además de haber permitido ya la elaboración de los primeros mapas generales de lo que ha sido la curva de vida de la historiografía del siglo XX⁹, ha promovido y apoyado también la más clara *autoconciencia* de lo que hoy significa ser historiador y dedicarse a la práctica de la historia, autoconciencia desplegada justamente, entre otras líneas, dentro de las tres vías o los tres rasgos antes resumidos aquí.

Una autoconciencia clara de la propia historia, que no es sólo su pérdida definitiva de la “inocencia”, sino y sobre todo la base para que ella pueda ahora proyectarse también con plena conciencia, en los campos antes marginados de la vasta y masiva divulgación histórica, en el terreno de la enseñanza y la pedagogía de la historia, en el trabajo de construcción museográfica y de rescate y conservación de los vestigios del pasado, y en el espacio de la tarea de transmisión y conservación de los recuerdos, de construcción de la memoria histórica y de restitución del nexo vivo entre los múltiples “pasados” con nuestro presente.

Cuatro trazos que, si bien son compartidos por todas las corrientes de la historiografía actual, van a especificarse y a matizarse diferencialmente en cada uno de los muchos espacios del complejo mapa de la historiografía occidental. Mapa cuya configuración general es pertinente abordar ahora con un poco más de detalle.

II. (Re)construyendo el mapa de la historiografía occidental hoy

Al intentar delimitar con más precisión cuál es la configuración específica que hoy presentan los estudios históricos occidentales, debemos nuevamente remitirnos al

⁹ No existen demasiados trabajos sobre este mapa *general* de lo que ha sido en su conjunto la historiografía del siglo XX, un tema que ameritaría desarrollos y trabajos mucho más sistemáticos y de mayor envergadura. Sobre este punto véase de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Ed. Idea Books, Barcelona, 1998 y también *New directions in european historiography*, Ed. Wesleyan University Press, Hannover, 1984; véase también de Francisco Vázquez García, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Ed. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989 y de Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes citado.

cambio provocado en este sentido por la gran revolución cultural de 1968. Y ello, porque es cada vez más claro que, después de esta fecha simbólica de finales de los años sesentas, hemos entrado a una *nueva* situación, radicalmente inédita, en lo que respecta al modo de interrelacionarse y de retroalimentarse, del conjunto de las diferentes historiografías nacionales de este mismo occidente, y quizá del planeta en su conjunto.

Porque si entre 1870 y 1968 aproximadamente, la historiografía en el mundo occidental se configuró claramente bajo el modelo de conformar *un* centro hegemónico historiográfico, generalmente coincidente con un espacio nacional o con una zona lingüística homogénea, rodeado de múltiples satélites historiográficos que imitaban, reproducían o copiaban en mayor o menor medida a dicho centro, después de 1968 hemos entrado en cambio, a una nueva situación *multipolar* o *policéntrica* en lo que corresponde a la generación de la innovación historiográfica, situación que configura un nuevo paisaje en la historiografía, en el que ahora *compiten* abiertamente varios polos fuertes, e incluso algunos polos emergentes importantes, en la tarea de escenificar los grandes debates, escribir las obras más importantes, o abrir los nuevos campos problemáticos y las nuevas líneas de investigación de la más actual y vanguardista historiografía.

Con lo cual, ha cambiado también la propia dinámica general de funcionamiento de esta historiografía, e incluso de la cultura occidental misma. Porque hoy es claro que hace tres décadas que ha comenzado a aflojarse y a perder vigencia el fundamento material y social de la existencia de ese modelo de un centro y múltiples satélites, modelo que en los estudios históricos, otorgó al mundo germano parlante la hegemonía historiográfica en el mundo occidental entre 1870 y 1930, para luego crear la sucesiva hegemonía francesa en este mismo campo historiográfico, entre aproximadamente 1930 y 1968. Aflojamiento y pérdida de legitimidad que se explican, en nuestra opinión, por la entrada del capitalismo mundial en una situación de transición histórica que es a la vez el momento final de su larga vida histórica y la etapa de gestación del nuevo sistema histórico que habrá de sustituirlo¹⁰. Con lo cual, y sobre la disolución de dicho fundamento, es que se hace cada vez más posible y más real, una situación en donde, eliminando todo colonialismo intelectual y toda actitud de “minoría de edad” respecto de las culturas antes hegemónicas, comienzan a crearse las bases reales de un verdadero intercambio cultural más plural, equitativo y simétrico, en donde no sólo Europa o Estados Unidos crean que pueden aportar elementos o perspectivas

¹⁰ Sobre este punto cfr. el libro de Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Ed. Zed Books, Londres, 1996. También de Immanuel Wallerstein, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, México, 1998 y de Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, Ed. Siglo XXI, México, 1998 y *La modernidad de lo barroco*, Ed. Era, México, 1998.

culturales interesantes y válidas, sino en donde *todas* las culturas del planeta son interlocutores legítimos e igualmente capaces de contribuir a la construcción de esa nueva cultura universal, más democrática, más rica y plurifacética, más diversa e igualitaria hacia la que apuntan todas las tendencias más profundas de la transformación hoy en curso.

Transformación cultural que es expresión de la transición histórica que vivimos, y que en el plano de la historiografía se ha proyectado como ese nuevo policentrismo o multacentralidad ya referidos. Lo que implica que hoy, en la historiografía mundial, es perfectamente posible que en *cualquier espacio nacional historiográfico*, surjan las nuevas líneas de investigación innovadoras, a la vez que autores de cualquier punto del planeta puedan estar hoy escribiendo lo que en algunos lustros o décadas serán consideradas las obras “clásicas” de la historiografía de este fin de milenio cronológico que ahora vivimos, y de los comienzos del tercer milenio aún por llegar. Una situación que convoca a todos los historiadores del mundo por igual, a participar en esta renovación historiográfica en curso, y que se hace ya evidente si pasamos revista rápidamente a lo que hoy es el paisaje historiográfico actual.

Ya que bajo los saludables efectos de lo que ha sido llamado la defensa de perspectivas y posiciones “multiculturalistas”, es cada vez más común ver tanto en coloquios de historia como de cualquier otra ciencia social, colegas latinoamericanos, africanos, chinos, hindúes, etc., que debaten en condiciones de igualdad con sus homólogos europeos, al mismo tiempo que asistimos a un notable incremento de la cantidad de trabajos que, habiendo sido escritos en Asia, África o América Latina, son traducidos y comentados cada vez más ampliamente dentro de las ciencias sociales y la historiografía en cualquier otra parte del mundo.

Un movimiento fuerte e “indetenible”, que en nuestra opinión avanza, lenta pero firmemente, hacia esa conformación de un verdadero diálogo multicultural, igualitario, respetuoso y múltiplemente enriquecedor.

Pero, si la situación de la historiografía occidental y muy posiblemente de toda la historiografía mundial, presenta ya esta situación *estructural policéntrica*, y esta posibilidad que abre el espacio potencial para la generación de la innovación historiográfica en cualquier parte del mundo, no deja sin embargo de tener una cierta configuración bien determinada, constituida tanto por un claro conjunto de “polos fuertes” que hoy se afirman como los protagonistas principales ubicados en la vanguardia de esa historiografía occidental, como por otra serie de polos emergentes, que comenzando a consolidarse como posibles alternativas historiográficas futuras, se hallan todavía sin embargo en una etapa más bien inicial de su desarrollo general.

Una configuración de polos fuertes y polos emergentes de la historiografía occidental, que en el marco ya descrito de la multacentralidad historiográfica actual, y en

las cambiantes condiciones de la transición histórica que hoy vivimos, podría modificarse, alterarse, complementarse o enriquecerse de manera sustancial en solo unos pocos lustros. Configuración sujeta pues a posibles mutaciones profundas, a la que no obstante vale la pena tratar de aproximarse con más cuidado ahora.

III. Los “polos fuertes” de la historiografía occidental

Cuando observamos el conjunto de lo que actualmente constituye el paisaje global de los estudios históricos en el mundo occidental, nos es fácil ubicar casi inmediatamente a aquellas corrientes historiográficas y a aquellos autores a ellas vinculados, que en la actualidad se han convertido en los referentes *ineludibles* más importantes dentro de este mismo campo de la historiografía presente.

Un conjunto de autores y corrientes cuya proyección se ha vuelto cada vez más de escala internacional, y que al ser los constructores de las perspectivas historiográficas más difundidas y más debatidas en toda la geografía del mundo occidental -y muchas veces incluso en la geografía de todo el planeta-, nos ofrecen entonces los diversos modelos, procedimientos, conceptos, paradigmas y prácticas que hoy es *indispensable* conocer y manejar para ser capaces de ejercer el oficio de historiador en sus modalidades más desarrolladas.

Corrientes y autores que, en todos los casos, han vinculado sus proyectos intelectuales e historiográficos a la publicación regular de una revista, la que entonces ha funcionado o aún funciona como claro espacio de concentración y como estructura organizativa visible de esas mismas perspectivas o tendencias historiográficas.

Afirmando entonces, mediante esas revistas de publicación periódica, una visibilidad internacional y una presencia regular dentro del campo, esas corrientes y perspectivas se han constituido en los “polos fuertes” de la historiografía actual, en los protagonistas que es *imposible ignorar* si se desea ser un historiador bien formado y a la altura de las exigencias de la corporación en esta época actual.

Dado que, como sabemos bien, no es posible hacer tabla rasa del pasado, va a resultar claro que todos esos “polos fuertes” de la historiografía más contemporánea se han construido entonces, en directa conexión con diversas tradiciones historiográficas antecedentes, frente a las cuales se han definido de múltiples maneras, sea criticándolas y estableciéndose en situación de abierta ruptura frente a ellas, sea recuperándolas y actualizándolas de modo crítico y creativo, pero también a veces, mezclando perspectivas o elementos antes separados, o inventando y replanteando de otra forma viejos paradigmas o antiguos procedimientos analíticos.

De este modo, un primer “polo fuerte” de la historiografía occidental lo constituye la *cuarta* generación de la mal llamada “Escuela de los *Annales*”, cuarta genera-

ción que habiendo comenzado desde 1985 los esfuerzos de elaboración de un *nuevo proyecto intelectual* annalista, se ha afirmado más explícitamente a partir de 1989, en especial con la publicación del número-manifiesto de noviembre-diciembre de 1989, y luego con todas las modificaciones tanto organizativas e institucionales, como sobre todo intelectuales que se han ido sucediendo en su seno desde esa misma fecha¹¹.

Un primer polo fuerte historiográfico, asociado a la célebre revista que hoy se titula *Annales. Histoire, sciences sociales*, que se ha definido en primer lugar como claro intento de superación y de trascendencia frente a la hoy ya anacrónica historia de las mentalidades, que había sido el tema estructurador del amorfo y ambiguo proyecto de los *Annales* del periodo de 1969 a 1989. Ambigua historia de las mentalidades, frente a la cual estos cuartos *Annales* van a oponer y a defender la historia social de las prácticas culturales, en una línea que ha estado siendo desarrollada hasta hoy por autores como Roger Chartier.¹²

Al mismo tiempo, y también en abierta ruptura con la tercera generación annalista, estos *Annales* de la última década han intentado renovar profundamente los campos de la historia económica y de la historia social. Recuperando y rediscutiendo entonces los problemas que hoy enfrentan las más nuevas vertientes de la historia económica, de la historia cuantitativa y de la historia serial, o incursionando en una nueva versión de la antropología histórica, estos cuartos *Annales* actuales van también a abrir el diálogo con la sociología de la acción y con la economía de las convenciones, para incorporar sus aportes a la historia, y para redefinir desde allí nuevas y muy diferentes formas de la historia social. E intentando integrar explícitamente en sus investigaciones y debates cotidianos, también a todos los complejos resultados y lecciones deri-

¹¹ Lamentablemente, existen muy pocos estudios sistemáticos sobre esta cuarta generación de los *Annales*. Al respecto puede verse por ejemplo el artículo de Christian Delacroix, “La falaise et le rivage. Histoire du ‘tournant critique’” en la revista *EspacesTemps*, num. 59/60/61, París, 1995. También en el libro de Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García, *Les courants historiques en France. 19e-20e siècle*, Ed. Armand Colin, París, 1999, en especial el capítulo 6. También el debate entre Youry Bessmertny, Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier “A propósito delle nuove ‘Annales’” en la *Rivista di storia della storiografia moderna*, N.º. 1-3, 1995. También puede verse nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana.*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999, en especial el capítulo 7, en donde desarrollamos mucho más ampliamente la caracterización de estos ‘cuartos *Annales*’ que aquí solo resumimos muy brevemente. (Existe ahora versión en francés de este mismo libro, bajo el título *L’histoire conquérante. Un regard sur l’historiographie française*, y que ya hemos citado antes).

¹² Para la crítica de esta historia de las mentalidades cfr. G.E.R. Lloyd, *Las mentalidades y su desensamblamiento*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1996, o también el prefacio del libro de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Ed. Muchnik Editores, Barcelona, 1981. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “¿Qué es la historia de las mentalidades? Auge y declinación de un tema historiográfico” en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, ya citado. Sobre la nueva historia social de las prácticas culturales, cfr. de Roger Chartier, *El mundo como representación*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1992 y *Au bord de la falaise*, Ed. Albin Michel, París, 1998.

vadas del procedimiento de “cambio de escala” y de las propuestas específicas de la microhistoria italiana¹³, estos historiadores de la cuarta generación annalista van a definir otro de los trazos importantes de su proyecto intelectual.

Trabajando entonces en todas estas líneas de renovación de la historia social, antropológica y económica, a la vez que reivindican esa “asimilación francesa” del aporte italiano de la microhistoria, esos *Annales* post 89 han relanzado también el debate metodológico fuerte que los terceros *Annales* habían abandonado, defendiendo lo mismo una interdisciplinariedad “dura”, que una transferencia regulada de conceptos, modelos y problemas de una disciplina a otra, a la vez que rediscuten la pertinencia actual de la larga duración o de la historia global, en un claro y consciente retorno a los horizontes braudelianos¹⁴.

Asociado entonces a la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*, que sigue siendo hoy la revista especializada de historia *más difundida* en todo el mundo occidental -lo que no forzosamente implica que sea ni la más innovadora, ni la más importante-, este polo francés fuerte de la historiografía occidental se encuentra hoy en una verdadera encrucijada, de cuya salida puede depender, en parte, no sólo el futuro de toda la corriente de los *Annales* que se inició en 1929, sino también el papel que la historiografía francesa puede jugar en el panorama mundial de los estudios históricos de las próximas décadas por venir.

Un segundo polo fuerte en la historiografía actual lo constituye el conjunto de perspectivas o líneas de investigación que se agrupan genéricamente bajo el nombre de la historiografía socialista británica. Conjunto de perspectivas que, sucediéndose en el tiempo en cuanto al momento de su origen, y coexistiendo después hasta el momento actual, comparten en su conjunto el hecho de defender una historia profundamente social, concentrada en revalorar y restablecer el papel de las clases populares

¹³ En esta línea, las obras principales a considerar son las de Bernard Lepetit, *Les villes dans la France moderne 1740-1840*, Ed. Albin Michel, París, 1988, *Las ciudades en la Francia moderna*, Ed. Instituto Mora, México, 1996, y el libro por él coordinado y titulado *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, Ed. Albin Michel, París, 1995. También de Jean-Yves Grenier, *L'économie d'ancien régime*, Ed. Albin Michel, París, 1996, Jocelyne Dakhlia, *Le divan des rois*, Ed. Aubier, París, 1998 y Jacques Revel (coordinador) *Jeux d'échelles*, coedición EHESS-Gallimard-Le Seuil, París, 1996.

¹⁴ Sobre este punto cfr. Bernard Lepetit “Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina”, en revista *Iztapalapa*, N.º. 26, México, 1992, “La larga duración en el presente”, en el libro *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995 y “Les *Annales* aujourd'hui”, en *Review*, vol. XVIII, N.º. 2, 1995. También de Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier el artículo “L'expérience historique à propos de C.E.Labrousse” en *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, año 44, N.º. 6, 1989. También de Jean-Yves Grenier el artículo “L'histoire quantitative est-elle encore nécessaire?”, en el libro *Passés Reconstitués*, Ed. Autrement, París, 1995. Está en curso de edición una compilación de artículos metodológicos de Bernard Lepetit, quien murió de manera absurda y trágica en marzo de 1996. Esta muerte ha sido una pérdida fundamental para este proyecto intelectual de los posibles cuartos *Annales*, un proyecto que todavía no se ha consolidado definitivamente.

y de los oprimidos dentro de la historia, siempre desde posiciones de izquierda, sea abiertamente deudoras de diferentes versiones e interpretaciones del marxismo, sea declaradamente socialistas o feministas¹⁵.

Remontando entonces sus orígenes, en alguna de sus vertientes, al periodo posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, este polo británico de la historiografía contemporánea, se ha ido construyendo sucesivamente en torno de la edificación, lanzamiento y luego publicación regular de tres revistas que hoy son importantes en los estudios históricos del mundo occidental, y que son las revistas de *Past and Present*, *New Left Review* y *History Workshop*. Tres revistas británicas que hoy figuran entre las más importantes publicaciones periódicas del gremio de los historiadores, y que en sus especificidades y diferencias definen también a las tres tendencias principales que conforman a este segundo polo fuerte de la innovación historiográfica. Y aunque estas diversas tendencias o ramas de la historia socialista británica se han consolidado y afirmado, en tres momentos sucesivos y diferentes, todas ellas sobreviven hasta hoy, compartiendo los espacios de la historiografía inglesa actual, y aportando todavía cada una su peculiar contribución a la renovación historiográfica en curso.

Así, el grupo de la revista *Past and Present*, revista que ha sido fundada ya en 1952, es el más antiguo de estas tres ramas, nucleando a su alrededor a los que podríamos considerar los marxistas más tradicionales de todo este polo británico. Un marxismo más cortado de acuerdo a los patrones de lo que fueron muchos de los marxismos anteriores a la revolución cultural de 1968, que tuvo el inmenso mérito de *abrir*, dentro del ambiente intelectual de la Gran Bretaña de los años cincuentas y sesentas, todo el espacio de una verdadera historia social, atenta al análisis de las clases sociales y de sus luchas, estudiosa de los campesinos y los obreros, preocupada de investigar la historia de los movimientos sociales y también interesada en el examen de los procesos económicos de la Revolución Inglesa, de la Revolución Industrial o de la etapa final del feudalismo. Una historia social marxista, plasmada en los trabajos de autores como Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton, etc., que apoyada en los conceptos más habituales del marxismo, trató de utilizarlos para hacer avanzar en Inglaterra una historia antipositivista, que se concentró sobre todo en los grandes temas de la historia económica y social. Pero que sin embargo, y más allá de esos

¹⁵ Para tener una primera visión *general* de esta historiografía socialista británica, aunque a veces con algunas lagunas que son en ocasiones importantes, cfr. H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989 y *The education of desire. Marxist and the writing of history*, Ed. Routledge, Nueva York, 1992 (véase nuestro comentario crítico de este segundo libro en la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*, N.º. 2, 1998). También pueden verse los números de la revista *Historia social*, consagrados a E.P. Thompson, N.º. 18, 1994 y el consagrado a la obra de E. J. Hobsbawm, N.º. 25, 1996.

indudables méritos, *no* problematizó a fondo ni la enorme densidad y complejidad de las categorías marxistas que utilizaba, ni intentó tampoco rescatar conceptos presentes en la obra de Marx muy poco rescatados por la mayoría de los marxismos de esta época, abordando mas bien escasamente, por ejemplo, ciertos temas de la historia cultural, y desplegando un marxismo que, si frente a la historia positivista era un enorme paso adelante, frente a la renovación cultural provocada por la revolución de 1968, comenzó a resultar un marxismo mucho más problemático y limitado para encarar los desafíos historiográficos post 68.

Sin embargo, y dada esa función *pionera* en Inglaterra, de apertura estricta de la historia social, y gracias al prestigio acumulado por varios de sus representantes más importantes, esta primera rama de la historia socialista británica sigue siendo aún hoy un referente importante de la historiografía occidental actual¹⁶.

Y del mismo modo que esta revolución cultural de 1968, ha provocado la escisión entre las viejas izquierdas más tradicionales y las nuevas izquierdas sesentayocheras, también los importantes y agitados años sesentas en Inglaterra, han creado a una segunda tendencia de este polo británico que ha fundado justamente una revista titulada la revista de la nueva izquierda, la *New Left Review*. Nueva tendencia historiográfica, que agrupando a gentes como Perry Anderson, Robin Blackburn o Benedict Anderson, junto a gentes de avanzada como Edward P. Thompson -que pasan del grupo de *Past and Present* a este nuevo grupo hijo de esa ruptura profunda de finales de los años sesentas-, va a tratar de impulsar una renovada forma de historia, a la vez deudora pero también diferente de la promovida por el primer grupo o línea antes mencionados.

Una historia que manteniendo el horizonte de ser una historia social, económica y atenta al análisis de clases sociales, va sin embargo a tratar de incursionar en algunos temas *nuevos*, como el de la caracterización de los estados absolutistas, el de las transiciones de la antigüedad al feudalismo, o incluso el de la propia historia del marxismo occidental. Así y en un movimiento de basculamiento curioso pero muy evi-

¹⁶ Sobre los orígenes y sobre el papel que en las primeras etapas jugó este primer subgrupo de la historiografía británica y sobre sus vínculos con los *Annales* dirigidos por Fernand Braudel, cfr. los artículos y la entrevista de Eric Hobsbawm "El grupo de historiadores del partido comunista" y la entrevista "Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm", ambos en la revista *Historia social*, N.º 25, Valencia, 1996. Del mismo Hobsbawm véase también su artículo "Comments" incluido en *Review*, vol. I, N.º. 3-4, 1978. Por otro lado, el carácter más tradicional y pre-68 del marxismo de este grupo de la revista *Past and Present* se refleja por ejemplo, indirecta pero claramente, en la evaluación negativa y hasta un poco despreciativa que el propio Hobsbawm hace de la revolución cultural de 1968. Para él, no se trata de tal revolución, la que él reduce y minimiza completamente, subsumiéndola en un proceso mucho más vasto y menos preciso que sería una revolución social, demográfica y cultural, desplegada desde 1945 hasta 1990. Cfr. su libro *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995. Para una evaluación diferente de esta misma revolución cultural véanse los trabajos citados en nuestra nota N.º. 5.

dente, esta corriente de la nueva izquierda va a defender, sobre nuevas bases y con argumentos más elaborados, viejas tesis defendidas hace mucho tiempo por la historiografía soviética oficial, tesis que habían sido criticadas por los marxistas del grupo de *Past and Present*, y que algunos protagonistas de la *New Left Review* van a rehabilitar de nuevo en los años setentas y ochentas recién vividos¹⁷.

Intentando entonces actualizar sus referentes teóricos, y empatar a la historia socialista británica con el debate europeo, este segundo grupo ha incluso coqueteado, por ejemplo, con las posiciones althusserianas, a las que ha promovido y ha ayudado a difundirse dentro del espacio intelectual de la Gran Bretaña. Lo que, más allá de las implicaciones que tiene respecto de la caracterización de las posturas teóricas de esta segunda rama, ha generado un debate muy interesante que ha mostrado lo que era la riqueza y vitalidad de este polo británico en los años setentas y ochentas de este mismo siglo cronológico¹⁸.

Nacida al calor de las grandes transformaciones de los años sesentas, y afirmándose precisamente a lo largo de toda esta década, esta segunda tendencia de la *New Left Review*, ha repetido en alguna medida la curva vivida por esa propia generación del 68 en el mundo, habiendo tenido un brillo, una fuerza y una presencia muy llamativas en los años setentas y ochentas, y habiendo comenzado a disminuir un poco su visibilidad y su presencia social en la última década de este milenio cronológico aún por concluir. Y así, aunque su papel en la historiografía inglesa y en los estudios históricos del mundo occidental actual no es ya tan fuerte como lo fue hace algunos lustros, eso no impide el hecho de que esta segunda rama o línea del polo británico, se haya mantenido, no obstante, y hasta el día de hoy, como un foro siempre abierto a los más nuevos y diferentes desarrollos historiográficos producidos en la historiografía occidental, manteniéndose entonces también como referente imprescindible de estos mismos estudios históricos más contemporáneos.

El tercer elemento o componente de este polo historiográfico fuerte existente en Gran Bretaña, es el del grupo de la revista *History Workshop*, grupo que habiéndose consolidado después de la revolución de 1968, se ha construido desde la hipótesis radical de que la historia debe ser escrita por sus propios constructores y protagonistas principales, es decir por las propias clases explotadas y oprimidas que día a día

¹⁷ Nos referimos, obviamente, a varias de las tesis defendidas por Perry Anderson, tanto en su libro *El estado absolutista*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1979, como en su libro *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1980.

¹⁸ Al respecto véase el célebre debate entre Perry Anderson y E.P. Thompson que se ha plasmado en los textos de E. P. Thompson, *The poverty of theory*, Ed. Merlin Press, Londres, 1995 (la primera edición es de 1978) y el libro de Perry Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1985 y "Diario de una relación", en la revista *El cielo por asalto*, año 3, N° 6, 1993-1994.

reproducen a las sociedades. Ya que si también y dentro de esta reproducción global de lo social, son ellos los que producen la riqueza social, mientras organizan huelgas y movimientos sociales de protesta, los que rehacen y mantienen al mundo cada día, igual que luchan contra el capitalismo y sufren sus embates, siendo además los que edifican ciudades a la vez que tejen conciencias rebeldes y nuevas formas de resistencia social, entonces son *ellos* los que estrictamente *hacen la historia real* a lo largo del tiempo. Y entonces, es lógico pedirles que, si ellos hacen la verdadera historia, sean también ellos los que la reconstruyan intelectualmente, dotándola del apoyo de su experiencia cotidiana y directa, y contándola, explicándola e interpretándola para nosotros desde esa misma conexión que sólo ellos poseen con dicha historia real.

De ahí los célebres “talleres de historia” que dan nombre a la revista, nacidos en parte de las experiencias inglesas de las escuelas de educación para adultos, y en donde los historiadores “de oficio” o académicos o formados en las escuelas de historia, ponen su saber al servicio de los propios oprimidos, aportándoles sus herramientas intelectuales, para darles la voz y el canal de expresión que ellos nunca han tenido. Una experiencia inédita de colaboración entre historiadores “profesionales” y los propios sujetos sociales e históricos, que no sólo abre el espacio para el desarrollo amplio y masivo de la actual historia oral¹⁹, sino que también crea el perfil específico de esta tercera corriente del polo historiográfico inglés, que será un perfil de una historia muy crítica del academicismo, de vocación muy popular y que desconfía de los marxismos precisamente académicos -lo que la lleva a declararse más “socialista” que propiamente marxista-, a la vez que muy abierta y receptiva a todo posible movimiento social antisistémico, sea este feminista o ecologista, campesino, local o urbano territorial, lo mismo que antinuclear, antirracista o expresión de cualquier oposición a determinada forma de discriminación social²⁰.

¹⁹ Vale la pena insistir entonces en este origen, político y de naturaleza muy radical, de los métodos y las perspectivas de la historia oral, rescatada en esta, su primera vertiente, como ese ensayo de darle voz a los que nunca la han tenido, y de recuperar para la historia del periodo más contemporáneo a esos testimonios de los propios protagonistas, miembros de las clases oprimidas, que han construido directamente los hechos y los procesos históricos fundamentales. Rasgos que, como es bien sabido, se irán borrando y difuminando conforme esta rama de la historia oral gane difusión y extensión en el seno de la corporación de Clío. Para una primera visión panorámica de las diversas corrientes presentes en esta historia oral, cfr. el libro colectivo *La historia oral*, Ed. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

²⁰ Hablamos de los trabajos de todo el grupo liderado por Raphael Samuel, que lamentablemente no han sido suficientemente traducidos al español. Al respecto cfr. los dos libros coordinados por Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica Grijalbo, Barcelona, 1984, y *Village life and labor*, Ed. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1982. También sus artículos, “Veinticinco años de talleres de historia en Gran Bretaña”, en *Taller d'història*, N.º 4, Valencia, 1994, “Desprofesionalizar la historia” (Entrevista a R. Samuel), en *Historia oral*, cit., “¿Qué es la historia social?” en *Historia Social*, N.º 10, Valencia, 1991 y “La lectura de los signos” en *Historia contemporánea*, N.º 7, Bilbao, 1992. También el libro del mismo Samuel, *Theatres of Memory*, Ed. Verso, Londres-Nueva York, 1996.

Una línea entonces que reivindica sobre todo la construcción de la historia desde abajo hacia arriba (*to bottom up*) como dirán sus defensores, es decir desde las clases populares y los grandes grupos sociales hacia la totalidad de lo social, que será la más sensible de todas, dentro de este polo británico, al sentido social y político de la propia práctica histórica, funcionando a la vez como espacio de confrontación y de difusión de toda historiografía vinculada a las luchas sociales anticapitalistas desplegadas en cualquier punto del planeta.

Tercera línea o tendencia de esta historiografía británica de izquierda, a la cual también se ha incorporado, en un cierto momento, el historiador E. P. Thompson, quien muy probablemente sea el más brillante historiador inglés de todo el siglo XX. Y ello, no sólo porque en su biografía personal y en su itinerario intelectual, él va a condensar esta sucesiva construcción de las tres líneas de este segundo polo fuerte de la historiografía, sino también y sobre todo por la novedad y profundidad de su contribución historiográfica específica²¹.

Un tercer polo fuerte de la historiografía contemporánea es el que conforma la compleja y elaborada perspectiva de la microhistoria italiana. Una perspectiva que, alimentándose de los ricos debates de la naciente historia *social* italiana desarrollada después del fin de la Segunda Guerra Mundial, y generada dentro de los medios de la historiografía marxista y de izquierda de los años sesentas, va a irse consolidando y afirmando en los años setentas, en torno del equipo dirigente y constructor de la hoy célebre revista *Quaderni Storici*.

Perspectiva historiográfica microhistórica, que será entonces siempre agudamente crítica, progresista y atenta al sentido social y político de la propia práctica del historiador, cuyo núcleo u horizonte metodológico fundamental será sin duda el de la promoción y defensa del procedimiento del “cambio de escala” como recurso de la renovación historiográfica, y en consecuencia, la recuperación de la dimensión o “escala” microhistórica como verdadero “lugar de experimentación” del trabajo historiográfico mismo²².

²¹ Sería demasiado amplio entrar aquí al examen de esta obra fundamental, por lo cual remitimos mejor al lector a su lectura directa. Además de su obra más difundida y sin duda alguna más importante, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989 (edición en dos volúmenes) puede verse también una lista de sus principales trabajos en “E.P. Thompson: una selección bibliográfica” incluida en la revista *Historia social*, N.º. 18, Valencia, 1994. Véase también el ensayo de Carlos Illades, “E.P. Thompson 1924-1993” en *Estudios sobre el artesanado urbano en el siglo XIX*, Ed. El Atajo, México, 1997.

²² Para comprender todas las complejas implicaciones de este procedimiento microhistórico vale la pena acercarse a los principales textos metodológicos de la corriente. De ellos citemos solamente, Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en la revista *Entrepassados*, N.º. 8, Buenos Aires, 1995; Giovanni Levi, “Sobre microhistoria”, en el libro *Formas de hacer historia*, Ed. Alianza Editorial,

Criticando entonces los límites de los modelos “macrohistóricos”, que tanta fuerza tuvieron en los años cincuentas y sesentas, y mostrando como fueron *vaciándose de contenido* al abandonar su fuente nutricia que era el análisis de lo particular, los microhistoriadores italianos van a defender este cambio de escala y retorno al nivel microhistórico, pero *no* para renunciar al nivel de lo general y la microhistoria, sino justamente para enriquecerlo y renovarlo, replanteándolo de nuevo desde esa experimentación y pasaje por los universos de la dimensión microhistórica. Con lo cual, no sólo van a renovar radicalmente el modo de abordar a la vieja dialéctica entre lo general (que en un cierto sentido y en este nivel abstracto podríamos equiparar a lo macro) y lo particular (en ese mismo sentido equiparable a lo micro), sino más globalmente todo un conjunto de prácticas y de perspectivas metodológicas del entero oficio del historiador.

Distanciándose entonces de la simple historia local o incluso regional²³, y recuperando para la historia una enorme y asombrosa variedad de inspiraciones intelectuales, que abarcan entre muchas otras, tanto los aportes de la antropología anglosajona como las lecciones de la Escuela de Frankfurt, lo mismo que las enseñanzas de Marc Bloch o Fernand Braudel, o los planteamientos del Instituto Warburg, esta microhistoria italiana se opondrá radicalmente a todas las variantes del postmodernismo dentro de la historia, criticando lo mismo a Hayden White que a Michel de Certeau, entre otros, y confrontándolos a través de las repetidas y agudas críticas realizadas por Carlo Ginzburg, Giovanni Levi o Eduardo Grendi, entre otros.

Microhistoria italiana o tercer polo fuerte de la historiografía occidental actual, que desde su origen y sobre el horizonte compartido del ya mencionado procedimiento del cambio de escala y del descenso al nivel microhistórico, se ha desdoblado en dos vertientes o ramas diversas, las que a su vez se han concentrado en campos temáticos también diferentes. Así, una primera rama, que incluye los trabajos de Eduardo Grendi, de Giovanni Levi, de Simona Cerruti, o de Mauricio Gribaudi entre

Madrid, 1993; y Eduardo Grendi, “Microanalisi e storia sociale”, en la revista *Quaderni Storici*, N.º. 35, 1977 y “¿Repensar la microhistoria?”, en revista *Entrepassados*, N.º. 10, Buenos Aires, 1996. También pueden verse algunas de las diferentes interpretaciones que se han hecho de esta microhistoria en los textos de Analet Pons y Justo Serna “El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”, en la revista *Ayer*, N.º. 12, Madrid, 1993 y también su libro *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Ed. Fronesis, Valencia, 2000; Jacques Revel “Microanálisis y construcción de lo social”, en revista *Entrepassados*, N.º. 10, cit. y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana”, en revista *Prohistoria*, N.º. 3, Rosario, 1999. Vale la pena ver también todo el dossier dedicado justamente al tema de “La microhistoria italiana” en este mismo número 3 de *Prohistoria*.

²³ Es por eso que constituye un craso error *confundir* a esta compleja postura de la microhistoria italiana, con la microhistoria mexicana de Luis González, o con la *local history* inglesa, o con la historia local española, o etc., etc., error sin embargo todavía muy frecuente en ciertos medios historiográficos poco informados de los desarrollos de la historiografía actual.

otros, se ha desplegado más en los terrenos de la historia económica y social, poniendo énfasis en el análisis exhaustivo e intensivo del universo microhistórico, y recuperando para ello, por ejemplo, tanto la “descripción densa” de Clifford Geertz como el “network analysis” de Frederik Barth²⁴.

Junto a esta primera vertiente microhistórica, existe una segunda, representada sobre todo por los brillantes trabajos de Carlo Ginzburg, y concentrada en el ámbito de la historia cultural. Un nuevo y muy original modelo para la historia cultural, que no sólo reivindica y asume radicalmente su intención de construir dicha historia de lo cultural “desde el punto de vista de las víctimas”, es decir desde el punto de vista de las clases populares, oprimidas y casi siempre silenciadas y marginadas, sino que también ha explicitado el importante y hoy célebre “paradigma indiciario” que subyace no sólo al trabajo de los historiadores, sino también a la labor de otras ciencias sociales e incluso de las ciencias médicas, con todas sus complejas y enormes consecuencias epistemológicas.

Y a la vez, y para completar esta peculiar aproximación microhistórica al campo de la historia cultural, la misma ha desarrollado también el método combinado morfológico-histórico, para desembocar, más recientemente, en la indagación más general de los supuestos mismos de toda construcción cultural posible, y en consecuencia, de los límites y las implicaciones de los diálogos e intercambios transculturales y multiculturales²⁵.

Dos ramas o vertientes del trabajo microhistórico italiano, que aunque se han ido separando cada vez más entre sí e incluso, en el caso de sus representantes principales, alejando un poco de la propia revista mencionada de los *Quaderni Storici*, no dejan sin embargo de ganar cada vez más presencia e influencia en una buena cantidad de espacios de la historiografía del mundo occidental, espacios que todavía hoy multiplican las traducciones de sus principales obras, a la vez que incorporan cada vez más sus diversas lecciones y enseñanzas.

Finalmente, un cuarto polo fuerte de la historiografía occidental actual lo constituye el grupo del *Fernand Braudel Center*, de la *State University of New York at*

²⁴ En este sentido, vale la pena consultar los libros de Eduardo Grendi, *Storia di una storia locale. L'esperienza ligure 1792-1992*, Ed. Marsilio Editori, Venecia, 1996 e *I balbi. Una famiglia genovese fra Spagna e Impero*, Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1997; Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Ed. Nerea, Barcelona, 1990; Simona Cerutti, *La ville et les métiers*, Ed. EHESS, París, 1990 y Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers*, Ed. EHESS, París, 1987, aunque la lista podría alargarse fácilmente con los trabajos de Oswald Raggio, Franco Ramella, etc..

²⁵ Estamos pensando, en este punto, en los agudos libros escritos por Carlo Ginzburg, entre los cuales podemos citar *El queso y los gusanos*, antes citado; *Mitos, emblemas, indicios*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994 (libro en el que se incluye su excepcional ensayo sobre el paradigma indiciario); *Historia nocturna*, Ed. Muchnik, Barcelona, 1991; *Occhiacci di legno*, Ed. Feltrinelli, Milán, 1998 y *History, rhetoric and proof*, Ed. Brandeis University Press, Hannover, 1999.

Binghamton, grupo liderado por Immanuel Wallerstein y que ha desarrollado en los últimos cinco lustros la hoy difundida perspectiva metodológica del “*World-System Analysis*”. Un grupo cosmopolita y muy abierto, que ha encontrado su foro de expresión fundamental, a la vez que su mecanismo y lugar o espacio de concentración principal en la hoy importante revista titulada simplemente *Review*, una revista que *no* es sólo una revista de historia sino también muy declarada y conscientemente una revista crítica de ciencias sociales en general.

Perspectiva rica y polémica, que habiéndose inspirado doblemente en varias de las tradiciones tanto del marxismo original como de ciertos marxismos del siglo XX, y también en las lecciones esenciales del aporte contenido en las obras de Fernand Braudel, ha reivindicado permanentemente la centralidad e imprescindibilidad de construir análisis, desde perspectivas *globalizantes*, con una clara *densidad histórica* y desde la visión de la *larga duración*, y siempre ubicados en el horizonte de una postura radicalmente crítica.²⁶

Así, y desde esta triple exigencia, totalizante, radicalmente histórica y profundamente crítica, común al marxismo y al “braudelianismo”, la perspectiva del “análisis del sistema-mundo” ha comenzado por criticar frontalmente la implícita “unidad de análisis” abrumadoramente asumida por la inmensa mayoría de los científicos sociales de todo el siglo XX, y que es la unidad de la “sociedad” o el “estado” o “el marco” *nacionales*, postulando que el capitalismo es un sistema histórico de vocación planetaria, y que en consecuencia la única unidad de análisis pertinente es y debe ser la del sistema-mundo capitalista concebido como entidad única y global²⁷.

²⁶ Para una primera aproximación a esta perspectiva del *World-System Analysis*, cfr. el ensayo de Walter L. Goldfrank “Intellectual background of Immanuel Wallerstein and his world-system”, en la revista *Modern Praxis*, N.º 7, Seul, 1988, texto que sin embargo ha quedado un poco rebasado dada su fecha de elaboración original. Para una síntesis predominantemente *descriptiva* del itinerario intelectual de Immanuel Wallerstein puede verse el libro de Orlando Lentini, *La scienza sociale storica di Immanuel Wallerstein*, Ed. FrancoAngeli, Milán, 1998. También puede verse el comentario a su libro más importante escrito por Harriet Friedmann, titulado “Promethean Sociology” en el libro *Required reading. Sociology's most influential books*, editado por Dan Clawson, Ed. University of Massachusetts Press, Amherst, 1998 y nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Chiapas, América Latina y el sistema-mundo capitalista”, en la revista *Chiapas*, N.º 10, 2000. Igualmente y para una aproximación más directa es recomendable ver los libros del propio Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundial*, tomos I, II, y III, Ed. Siglo XXI, México, 1979, 1984, y 1998; también *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996 y también *Impensar las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998.

²⁷ Sobre este punto, que es quizá la contribución más importante y original de esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein ha insistido reiteradamente. Véanse por ejemplo sus textos “Hold the tiller firm: on method and the unit of analysis” en la revista *Comparative Civilizations Review*, N.º 30, Spring 1994; “World-System” en el libro *A dictionary of marxist thought*, 2a. edición, Ed. Blackwell, Oxford, 1991, “An agenda for world-system analysis”, en el libro *Contending Approaches to World-System Analysis*, Ed. Sage, Beverly Hills, 1983, “World-System Analysis”, en el libro *Encyclopedia of Political Economy*, Ed. Routledge, Londres, 1999, o los artículos “¿Desarrollo de la sociedad o desarrollo del

Criticando entonces ese “encerramiento” de las investigaciones sobre lo social, en los limitados horizontes de las fronteras nacionales, esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, va a subrayar el hecho de que existe por encima y por debajo de cualquier dinámica nacional posible, una dinámica *global* y mucho más *universal* del sistema-mundo en su conjunto, dinámica que si es ignorada, va a falsear y a limitar necesariamente nuestros análisis e interpretaciones.

Con lo cual, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y todo el grupo de los defensores de esta perspectiva, van a exigirnos resituar siempre nuestras problemáticas dentro de un horizonte planetario o semiplanetario, interrogándonos acerca de las causas y los elementos que, desde esa dinámica universal y global del sistema-mundo en su totalidad, han influido de manera decisiva para la generación y modalidades de los fenómenos más locales, o regionales, o nacionales que nosotros intentamos explicar.

Así, y entre muchos otros ejemplos que podríamos citar, será posible comprender a los múltiples movimientos de 1968 -o más aún, del segundo lustro de los años sesentas-, como otras tantas expresiones de una verdadera y profunda “revolución cultural” dentro del sistema-mundo en su conjunto, revolución que entonces y no casualmente va a *repetir* en prácticamente todo el planeta ciertos rasgos o trazos comunes, más allá de las evidentes diferencias y especificidades de su manifestación en cada lugar.

O también, y gracias a este enfoque planetario y global desde el sistema-mundo como unidad de análisis, será posible entender que los Estados Unidos se encuentran ya en la fase de claro declive de su poder hegemónico planetario, repitiendo desde la crisis de 1972-73 la misma decadencia hegemónica que vivió Holanda después de 1689, o Inglaterra después de 1870, y que explica porque cada vez más los norteamericanos se batan en retirada en todo el mundo, mientras Japón y Europa Occidental comienzan ya a disputarse su posible sucesión en ese puesto hegemónico del sistema-mundo actual.

Introduciendo entonces en sus análisis esta dimensión más universal de la dinámica global del sistema-mundo, este cuarto polo fuerte de la historiografía occidental ha sido capaz de proponer, tanto una nueva explicación de la historia entera del capitalismo moderno, como también de los principales fenómenos y procesos históricos del siglo XX, desde el leninismo, la historia de la Unión Soviética y el proyecto del “socialismo en un solo país” hasta el ciclo de la hegemonía estadounidense, la revolu-

sistema-mundo?”, “Sistemas históricos como sistemas complejos” y “Llamado a un debate sobre el paradigma”, estos tres últimos incluidos en el libro *Impensar las ciencias sociales*, antes citado. Las dos obras que mejor ilustran las implicaciones y la novedad derivada de esta tesis central de la perspectiva del “world-system analysis”, son la obra de Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundo*, ya mencionado y de Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, Ed. Akal, Madrid, 1999.

ción de 1968, el rol de la OPEP, la caída del muro de Berlín o las recientes guerras del Golfo Pérsico y de Kosovo, entre muchos otros temas²⁸.

Además, y llevando hasta el plano epistemológico dicho cuestionamiento ya aludido de las “premisas no explicitadas” de nuestras propias ciencias sociales contemporáneas, esta perspectiva va a desmontar y criticar también los supuestos de la construcción de los actuales sistemas de los saberes, de las “culturas” y de las ciencias sociales, impugnando el modo parcelado, cuadrículado y autonomizado de explicación de lo social, creado y afirmado en los últimos ciento treinta años, y frente al cual, esta perspectiva del world-system analysis va a defender la construcción de una nueva y más compleja *unidisciplinarietà*²⁹.

Cuarto polo fuerte de los estudios históricos del mundo occidental que completa esta primera parte del mapa global de esta misma historiografía actual. Mapa que, sin embargo no puede explicarse cabalmente sin la consideración de su segunda parte, constituida por los tres “polos emergentes” que hoy despuntan también en su interior.

IV. Los “polos emergentes” de la historiografía occidental

Junto a los cuatro polos fuertes que compiten hoy en el seno de la historiografía occidental, también es posible detectar a varios polos “emergentes” que, si bien *no* poseen aún ni la fuerza, la presencia, el impacto y la difusión de dichos polos fuertes, si representan en cambio perspectivas interesantes que, si en los próximos veinte o treinta años, continúan afirmándose y consolidándose en la misma línea que ahora han esbozado, podrían entonces, en el futuro mediato, terminar convirtiéndose quizá, en los nuevos polos fuertes o referentes obligados dentro de los estudios históricos del mundo occidental.

Y ello, no sólo porque la vida de todas las corrientes y tendencias historiográficas es necesariamente finita, sino también porque con la nueva situación policéntrica de la historiografía occidental posterior a 1968, se ha intensificado y multiplicado enormemente la pluralidad y la diversidad intrínsecas de nuestro propio oficio de historiador.

²⁸ Para la explicación más detallada de todos estos importantes fenómenos, desde esta perspectiva del world-system analysis, el lector puede remitirse a los libros de Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, coedición de Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l’Homme, Cambridge, 1979; *The politics of the world-economy*, coedición Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l’Homme, Cambridge, 1984; *Geopolitics and geoculture*, coedición Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l’Homme, Cambridge, 1991; *Después del liberalismo*, cit.; *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, México, 1998; *The end of the world as we know it*, antes citado y el libro de Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, también ya mencionado.

²⁹ Sobre este punto véase los libros de Immanuel Wallerstein *Abrir las ciencias sociales e Impensar las ciencias sociales*, ambos citados anteriormente. Se abre aquí, una línea de investigación que se encuentra todavía en proceso de desarrollo, por parte de los propios representantes de esta perspectiva del análisis del sistema-mundo.

Además, y como hemos ya en parte apuntado, cuando nos acercamos con más cuidado al examen de los cuatro polos fuertes que hemos reseñado, resulta claro que prácticamente todos ellos enfrentan, con sus peculiaridades y diferencias específicas, el enorme y urgente problema del relevo generacional. Y allí, y analizando con serenidad las distintas situaciones de esos varios polos fuertes, resulta claro que *no* son evidentes, ni mucho menos, las figuras que habrán de suceder a las personalidades que construyeron y que dieron fuerza y brillo a esos mismos polos historiográficos, que hoy se expresan en las más importantes revistas de historia del mundo occidental. ¿Dónde están, claramente ubicables, los sucesores de Bernard Lepetit, de Eric Hobsbawm, de Perry Anderson o de E. P. Thompson?, ¿y dónde los herederos intelectuales de Eduardo Grendi, de Giovanni Levi, de Carlo Ginzburg, de Immanuel Wallerstein o de Giovanni Arrighi? Porque sí, en algunos casos, pero que son la *minoría*, podría aventurarse una posible respuesta, también es cierto que dichos herederos y sucesores están lejos de haber ganado ya la legitimidad intelectual y la fuerza institucional que les aseguren dicha sucesión.

Y aunque es cierto en general que el problema nunca aparece, más que allí donde están ya dadas las condiciones de su solución, también es verdad que una de las soluciones posibles a estas preguntas sea, simplemente, la de que tal o cual polo fuerte de la historiografía actual entrará en decadencia y se apagará, luego de la desaparición de alguna o algunas de sus figuras más prominentes.

Por ello, resulta importante también, tratar de ubicar a esos polos “emergentes” de la actual historiografía occidental, que eventualmente podrían tomar el relevo de dichos polos fuertes, en el momento de su declive particular.

Así, un primer polo importante en vías de afirmación lo constituye el polo de la nueva historiografía rusa, que alimentada por las enseñanzas de Marx, pero en ruptura con las simplificaciones y vulgarizaciones del “marxismo soviético” de los manuales, se ha desplegado sobre todo en el campo de la antropología histórica. Una historiografía que desde los años cincuentas, y en posición entonces herética y marginal, se mantuvo siempre atenta a los desarrollos de, por ejemplo, la corriente de los *Annales* -traduciendo al ruso, por ejemplo y ya en 1957, el libro de Marc Bloch de los *Caracteres originales de la historia rural francesa*³⁰- y que recuperando también por ejemplo, las lecciones de los trabajos de Mijail Bajtin, se ha desarrollado con las investigaciones y los trabajos de autores como Yuri Bessmertinij o Aaron Gurevich.

³⁰ Sobre esta temprana traducción rusa del libro de Marc Bloch, cfr. el artículo de Fernand Braudel “Marc Bloch à l’honneur”, en la revista *Annales. ESC*, año 14, N.º. 1, París, 1959. En este mismo número está reproducida también la versión en francés del prefacio que la profesora D. Lublinskaya hizo para esta edición en ruso del libro de Marc Bloch.

Polo emergente de la historiografía actual, que se ha organizado en torno de la publicación regular del anuario *Odyseus*, desde el cual trata de promover tanto la actualización y renovación de la historiografía rusa contemporánea, como también la consolidación de una perspectiva propia y original dentro de los estudios históricos del mundo occidental³¹.

Enfrentando entonces el problema de las dificultades que implica el hecho de que sus principales trabajos y su propia revista más importante, sólo son accesibles en ruso, y aún sin la fuerza y presencia necesarias para forzar o provocar la traducción sistemática a otras lenguas de dichos resultados historiográficos, este polo ruso emergente de los estudios históricos occidentales, se encuentra además sometido a los vaivenes de su propio contexto inmediato, es decir a los cambios todavía hoy imprevisibles del destino inmediato y mediato de la propia Rusia.

Un segundo polo emergente de la historiografía occidental lo constituyen los representantes de la *Neue Sozial Geschichte* alemana. Porque es claro que aun ahora, en el año 2000, la cultura alemana, y con ella su historiografía, no ha terminado aún de asimilar y procesar, superándolos completamente, los terribles efectos del nazismo, del holocausto y de la Segunda Guerra Mundial. Y ello, no sólo en el sentido de explicar y de autoexplicarse como un país con la cultura, con el desarrollo y con la fuerza de la Alemania de principios de siglo pudo engendrar tales elementos de barbarie, sino también en el sentido de reconstruir, dentro de la propia Alemania, a esas ricas, profundas y muy elaboradas tradiciones intelectuales que tanto en la historiografía como en las ciencias sociales, tuvieron todavía vida hasta los mismos años treinta de este siglo.

Inmersa entonces, todavía, en ese forcejeo intelectual, y aun con la asignatura pendiente de su superación definitiva, la historiografía alemana reciente ha empezado, no obstante, a producir interesantes trabajos, como por ejemplo los de la denominada “historia conceptual”, incursionando también desde sus propias perspectivas en el vasto espacio de la historia social, y concretando obras como las de Reinhart Koselleck o Jurgen Köcka, entre otros³².

³¹ Lo que explica, por ejemplo, su interesante crítica y debate amistoso con los “cuartos” *Annales* a los que antes hemos aludido. Sobre este punto, cfr. los textos de Youri Bessmertnij “Les *Annales* vues de Moscou”, en *Annales. ESC*, año 47, N.º. 1, París, 1992 y también el debate entre Youri Bessmertnij, Bernard Lepetit, y Jean Yves Grenier, “A proposito delle nuove ‘*Annales*’”, ya citado y también el texto de Aaron Gurievich, “Invitation au dialogue. Lettre aux historiens francais”, en la revista *MSH. Informations*, N.º. 64, París, 1990.

³² Lamentablemente, no han sido traducidos del alemán, a otras lenguas, los trabajos de la llamada “Escuela de Bielefeld” en general, ni los de Jurgen Köcka en particular. Muy pronto saldrá publicado el libro de Jurgen Köcka, *Nueva historia social y conciencia histórica*, en la Editorial Marcial Pons, de Madrid. En cambio, de Reinhart Koselleck puede verse *Futuro pasado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993. Sobre esta historiografía alemana reciente véase también el artículo de Walther L. Bernecker, “La historiografía alemana reciente”, en la revista *Historia contemporánea*, N.º. 7, 1992.

Una renovada historia germana, que al mismo tiempo que se reenlaza con sus propias perspectivas filosóficas nacionales y con esa rica herencia anterior al nazismo que abarca a la Escuela de Frankfurt, a Georg Simmel, a Max y Alfred Weber o a Norbert Elías, entre muchos otros, se ha abierto también al debate y a la recuperación crítica de los aportes de la corriente de los *Annales*, de la microhistoria italiana, de la historia de la vida cotidiana o de la historiografía socialista británica, entre otras³³.

Así, si esta historiografía alemana lleva a buen término este *aggiornamento* historiográfico que ahora realiza, y si logra consolidar la propuesta original que parece apuntar en algunos de los trabajos antes mencionados, ella podría ser, en el futuro mediato, uno de los futuros polos fuertes de la historiografía por venir.

Finalmente, un tercer polo emergente de los estudios históricos occidentales más contemporáneos, está conformado por la cada vez más fuerte y difundida historia regional latinoamericana. Una historiografía que, igual que la civilización de América Latina, es todavía joven y pujante, y que reflejando la excepcional relevancia que la dimensión regional tiene en nuestro semicontinente -en donde la formación de naciones es mucho más tardía que en Europa y en donde el peso y las raíces de las identidades regionales se han mantenido por siglos-, ha sido capaz de desarrollar de una manera muy creativa y original, a esta misma rama de la historiografía regional, que se refleja en los trabajos de autores como Antonio García de León, o Manuel Burga, entre muchos otros³⁴.

Multiplicando entonces una abundante producción, de alta calidad, de estudios, monografías y análisis de casos regionales, lo que le ha faltado a esta rica historiografía regional de América Latina ha sido *teorizar y explicitar* más, en términos *epistemológicos*, el conjunto de *lecciones generales* que se derivan de esos múltiples estudios empíricos. Así, y al no haber aún construido los modelos generales que decantaran esas lecciones de orden más global, implícitas en dicha producción monográfica y empírica, la historiografía latinoamericana reciente no ha podido aun fran-

³³ Por esta razón, no es para nada una casualidad la creciente traducción al alemán de los diferentes trabajos de todas estas corrientes, desde la corriente francesa de los *Annales* hasta los trabajos de la historiografía socialista británica, pasando también por los de la microhistoria italiana y la historia radical norteamericana. Y es ello lo que explica, también, la difusión y aclimatación de términos que se han vuelto corrientes en el discurso historiográfico alemán reciente, tales como los de *Mentalität*, *Mikrogeschichte*, *Alltagsgeschichte* o *Geschichtswerkstätten*. Al respecto cfr. el libro de Matthias Middell y Steffen Sammler, *Alles Gewordene hat Geschichte. Die schule der Annales in ihren texten*, antes citado, también el libro de Alf Lüdtke, *Histoire du quotidien*, Ed. Maison des Sciences de l'Homme, París, 1994 (y en especial, el artículo de Hans Medick "Missionaires en bateau? Les modes de connaissance ethnologiques: un défi à l'histoire sociale") y también el artículo de Michael Wildt, "Los talleres de historia en Alemania: un análisis al final de la posguerra alemana", en la revista *Taller d'història*, N.º 4, Valencia, 1994.

³⁴ Por mencionar, solamente, un ejemplo entre los varios posibles, véase el libro del mismo Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, Ed. Era, México, 1985.

quear ese paso importante que quizá podría convertirla de polo “emergente” en polo fuerte de la historiografía actual, insertándola de lleno, y con su contribución propia y original, en el debate historiográfico mundial hoy en curso de desarrollo.

Haciendo entonces, gala de un cosmopolitismo también excepcional, que la ha mantenido siempre abierta a la recuperación de todos los aportes historiográficos posibles, independientemente de su lugar de origen, del idioma en que se transmitieran, o de la posición o postura historiográfica que representaran, esta historiografía de América Latina esboza ya en este rasgo suyo de antaño, uno de los trazos que deberán caracterizar a toda la historiografía occidental y mundial del próximo milenio cronológico aún por comenzar³⁵.

Como lo han recordado repetidamente, tanto Henri Pirenne como Fernand Braudel, la historia más *contemporánea* plantea la enorme dificultad de que, para el historiador del presente, resulta muy complejo evaluar y discriminar cuáles son los hechos, fenómenos y procesos verdaderamente *históricos* -es decir cargados de consecuencias e implicaciones relevantes hacia el futuro-, separándolos de aquellos menos significativos y menos importantes. Pero se trata sólo de una dificultad suplementaria, que se agrega a todas aquellas que enfrenta el historiador en cualquier otra época que estudie, y que por lo tanto *no* disculpa ni justifica la muy difundida evasión de los seguidores de Clío frente a ese presente candente.

Entonces, si bien resulta un poco más difícil diagnosticar y explicar al presente en términos históricos, de lo que resulta la interpretación y examen del pasado, también es cierto que, en compensación, cuando trabajamos sobre el presente trabajamos de manera más viva y directa con las líneas de fuerza de una realidad que se despliega frente a nuestros ojos, y sobre la que podemos incluso intervenir de manera activa y creadora.

Por eso, si con Michelet, “creemos en el futuro porque nosotros mismos participamos en su propia construcción”, bien vale la pena arriesgar nuestras herramientas y nuestros esfuerzos de historiador, en esta tarea generadora e inventiva de edificación de “nuestro más actual presente” y de nuestro más anhelado futuro.

³⁵ Para ahondar un poco en los rasgos *generales* de esta historiografía latinoamericana reciente, véase el artículo de Alan Knight “Latinoamérica: un balance historiográfico”, en la revista *Historia y geografía*, N.º.10, 1998. Véanse también los artículos de Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La recepción de la historiografía francesa en América Latina. 1870-1968”, “La recepción del *Metier d’Historien* de Marc Bloch en América Latina” y “Fernand Braudel y la historia de la civilización latinoamericana”, todos incluidos en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes citado.